

Dos novelas francesas

Un pintor exitoso y apático intenta dar con un fontanero que le arregle la caldera de su estudio parisino. Es un tipo silencioso que se ha colocado a la cabeza del arte contemporáneo sin pretenderlo, casi sin darse cuenta. Su trabajo ha pasado de las fotografías de herramientas fabricadas por el hombre a lo largo del tiempo a los cuadros en los que retrata a profesionales de distintos sectores, como su propio padre, un arquitecto de cierto nivel. De pronto, los hombres más ricos del mundo pagarán millones por unas obras que recorren con frialdad el mundo del trabajo, desde los artesanos a los grandes empresarios.

Pues bien, el pintor está tirado en el colchón de su estudio esperando a alguien que le arregle la caldera. Con esta situación comienza *El mapa y el territorio* (Anagrama), la novela con la que Michel Houellebecq consiguió el premio Goncourt. Y bastan esas primeras páginas, en las que el autor nos presenta a otro de sus héroes gélidos y reflexiona sobre su obra con la habitual mezcla de agudeza, intención y distancia irónica para sentir que la novela es distinta, valiosa, superior a la media. Ocurre porque Houellebecq solo necesita unos pocos trazos para empujarnos dentro de su mundo. Y, como suele pasar con los grandes escritores, ese regreso es un viaje intenso. El efecto es inconfundible: aunque hemos estado allí muchas veces, todo lo que encontramos nos resulta al tiempo conocido y novedoso. Se nos presenta lleno de significado.

Todos los temas del autor –los grandes y los pequeños temas del minucioso Houellebecq– están en *El mapa y el territorio* de un modo superpuesto y extranamente sucesivo. El amor y el sexo, las relaciones paterno filiales, la sociedad del espectáculo y el mundo del arte, la inadaptación y el nihilismo, las marcas comerciales y los aeropuertos son asuntos que tienen su importancia en una novela que se construye en varios niveles y que participa, como siempre, del ensayo y de la narración psicológica. También, y esto es más novedoso, de la novela negra. En la segunda parte del libro la narración se verá precipitada por un asesinato: el del propio Houellebecq.

La aparición del escritor y la trama subsecuente conforman la parte más discutible de una novela que probablemente aspira a albergar en su interior demasiadas novelas hilvanadas con una intriga algo aparatosa. Houellebecq irrumpe en la narración cuando el protagonista prepara una exposición en París y la encargada de prensa y el galerista entienden que hay que buscar a un escritor potente que firme un texto para el catálogo. El elegido es Houellebecq (“el autor de *Las Partículas Elementales*”). El retrato que Houellebecq hace de Houellebecq –en algún momento se otorga a sí mismo el aspecto de “una tortuga vieja y enferma”– es autoirónico y medidamente inclemente. Pocos autores hay hoy en el planeta que manejen su propia imagen con las dosis de premeditación y astucia con las que lo hace el francés. Si asistir a ese espectáculo en los periódicos resulta divertido, no lo es tanto hacerlo en una novela. La muerte de Houellebecq y lo que la rodea empaña de algún modo el brillo de una novela ambiciosa e imperfecta que, en cualquier caso, se eleva con arrogante facilidad sobre el panorama narrativo del momento.



Michel Houellebecq



Frédéric Beigbeder



El exhibicionista honesto

En Google la adición del nombre de Frédéric Beigbeder a la manoseada fórmula “enfant terrible” provoca más de veinte mil resultados. Es significativo. Desde que irrumpió en el panorama literario con la brutal y autobiográfica *13,99*, el escritor francés juega con habilidad las cartas de la exposición mediática y el escándalo y sabe perfectamente qué es lo que se espera de él. Actor, tertuliano, pinchadiscos en salas exclusivas, articulista contundente, modelo de marcas caras, clown sofisticado y crítico imprevisible, Beigbeder está en todos sitios, diciendo cosas llamativas. Por ejemplo, que toma drogas y que en ocasiones escribe bajo sus efectos. A veces a Beigbeder incluso le detienen por tomar drogas. Por supuesto, también escribe sobre ello.

Una madrugada de febrero de 2008

Beigbeder salió de la discoteca Le Baron para fumar un cigarrillo y esnifar cocaína sobre un coche. Fue descubierto por dos policías de paisano e intentó salir corriendo. Como se sabe, los intelectuales no suelen destacar por su poderoso ‘sprint’ y el novelista fue detenido con dos gramos de cocaína en el bolsillo. Beigbeder pasó la noche en un pequeño calabozo de la comisaría del distrito VIII. Al día siguiente, en el juicio, el fiscal le identificó y se dispuso a darle un escarmiento público. Filtró la noticia a la prensa con todos los detalles y mandó al famoso escritor a pasar tres días en la cárcel de la Conciergerie.

Hombre claramente proclive a salirse siempre con la suya, Beigbeder escribió *Una novela francesa* (Anagrama) a partir de esa breve experiencia carcelaria. Lo hizo para denunciar las extralimitaciones del sistema penitenciario francés y también como un ejercicio de introspección. Por supuesto, lo hizo a su manera. Es decir, combinando de un modo talentoso y en ocasiones increíble la introspección con la exhibición.

Beigbeder reflexiona en *Una novela francesa* sobre su vida. Reconstruye su infancia dejando ver los cimientos de su personalidad y analiza su personaje mediático. Lo hace con la mezcla habitual de ingenio e impudor y a veces también con cierta inconsciencia. En ocasiones, el lector de esta novela tendrá la sensación de que el autor no se da cuenta de que está hablando en público y de que el público no tiene que estar necesariamente fascinado por lo que dice. Sin embargo, a favor de Beigbeder hay que señalar que es un autor francamente ameno. Sus libros siempre son divertidos y veloces y en ellos abundan las frases certeras y las ideas suficientemente salvajes.

Y esta vez hay algo más. En *Una novela francesa* encontramos páginas que alcanzan una notable gravedad. Son aquellas en las que el escritor habla de su hija y de su propia infancia. En esos momentos, el autor francés consigue que la honestidad se abra paso entre la confesión (y la confusión) y da una nota verdadera y hasta ahora desconocida en su obra. Su amigo Michel Houellebecq escribió sobre ello en el prólogo a la edición francesa de la novela: “La mayor cualidad de este libro es, sin ninguna duda, su honestidad.”

El retrato que Houellebecq hace de Houellebecq es autoirónico y medidamente inclemente

Pablo Martínez Zarracina